

## El mundo sensual

El estarcido de una mano, probablemente femenina, fue testigo mudo durante más de treinta mil años de la quietud de una cueva prehistórica. Hasta el inasible instante en que esta mano, en el aire inmóvil como una flecha rupestre, dio en el blanco: el ojo de Jean-Marie Chauvet el 18 de diciembre de 1994. Y el tiempo se replegó sobre sí mismo. «Estuvieron aquí», resopló cuando la flecha de la fortuna alcanzó su entrecejo fruncido. «Pocas son las frentes que, como la de Shakespeare o la de Melanchthon, se elevan tan alto y descienden tan bajo que los propios ojos semejan claros lagos eternos y sin oscilación; y sobre ellas, en sus arrugas, os parece seguir el rastro de los astados pensamientos que bajan a beber, igual que los cazadores de las tierras altas siguen el rastro de los ciervos por sus huellas en la nieve», escribe Melville.

Una hilera de huellas de niño yace intocada en el polvo de la cueva, y a su lado, las de un lobo. ¿Fue el niño su presa? ¿O estuvieron allí, jugando juntos? Las huellas fantasmales quedaron fosilizadas como un enigma propuesto por las edades. Un caballo está pintado con ocho patas, un rinoceronte con varios cuernos que sugieren movimiento, como el de una animación. Las paredes no son planas y los artistas aprovecharon el dinamismo de las dimensiones y la luz inestable de las antorchas para imbuir movimiento y vivacidad, como en un zootropo primitivo. Están fuera del tiempo, como las piedras







